

y los lugares mas públicos, á fin de que la gente exclamase: ¡qué hombres tan fervorosos!

Esta era, fieles, la gran religion de los escribas y fariseos, y esta es tambien, no lo dudeis, la religion de una gran parte de cristianos: religion de conveniencia, de humor y de capricho: religion que consiste en hacer todo lo que se conforma con su genio y temperamento, y omitir todo lo que repugna á su gusto é inclinacion natural. Ese hombre es muy generoso con los pobres, muy pacífico con los enemigos, muy atento y benigno con cuantos le tratan: ¿por qué? Porque la generosidad, la calma y la cortesía son cosas que se acomodan perfectamente con su carácter é inclinacion. Pedidle que sea casto, que santifique las fiestas, que cumpla con los ayunos de la Iglesia, etc.: ya no tendréis hombre, porque la castidad, la religion, la penitencia son cosas que no se acomodan á su gusto. Esa mujer pasa largas horas en el templo, reza tres ó cuatro rosarios cada dia, confiesa y comulga cuando menos cada mes: ¿por qué? Porque así se lo inspira su humor ó antojo. Pedidle que no sea murmuradora, que viva en paz con la vecina, que sufra con paciencia las faltas de la familia, ó el genio del marido, etc.: ya no tendréis mujer, porque esto repugna á su genio altivo y quisquilloso. No es esta, fieles, la religion que agrada á Dios y conduce al cielo, sino aquella que nace del interior, que cumple todos los preceptos, y no hace distincion entre lo que agrada y lo que repugna. Sea tal la vuestra, y vuestro será el cielo. Amen.

DOMINGO SEXTO DESPUES

DE PENTECOSTES.

En este domingo la Iglesia nos recuerda el segundo milagro de la multiplicacion de los panes, que obró el Salvador durante su vida evangélica. Dos veces Jesucristo multiplicó milagrosamente el pan para saciar á las turbas: una en el monte Tabor, y cerca el tiempo de la Pascua de los judios; otra en el desierto que confina con el mar de Galilea, y estando próxima la estacion de las mieses. Aquella nos la recuerda la Iglesia en el domingo cuarto de Cuaresma, á fin de dar á los curas ocasion de predicar sobre la comunión pascual de la que fue simbolo y figura: esta nos la trae á la memoria en el domingo presente, para que, en vista del cuidado que el Salvador mostró tener de los pobres, se anime á estos á conformarse con su penosa situacion, y se estimule á los ricos á socorrerlos con largueza.

Muchos son los sermones que podrian sacarse de este segundo milagro de la conversion de los panes, pues cada una de sus circunstancias, que son varias, da pié para un asunto diferente; pero los mas óbvios y naturales, y al mismo tiempo los mas conformes con el espíritu de la Iglesia, son los tres siguientes: los Sacramentos en general, las ventajas de la pobreza, y lo mucho que el ejemplo de los grandes influye en las costumbres públicas.

Cuando se quiera predicar sobre los Sacramentos en general,

tómese el texto : *Et accipiens septem panes... dabat discipulis suis, ut apponerent; y dése al sermón el exordio siguiente :*
« Viniendo el Salvador de la parte de Tiro y Sidonia, y encaminándose al mar de Galilea, fue tanta la gente que se le juntó, que llegaron á formar el número de cuatro mil personas. Aquella piadosa turba, ávida de escuchar la divina palabra que él predicaba en los diferentes lugares de su tránsito, fué siguiéndole hasta entrar en un gran desierto, donde nada había para comer. Viendo el bondadísimo Salvador el apuro de aquella pobre gente, llamó aparte á sus discípulos y les dijo : verdaderamente me dan lástima estos pobrecitos ; porque tres dias há que me siguen sin tomar alimento ; y si los envío en ayunas á sus casas, temo que van á desfallecer en el camino. Señor, respondió uno de ellos, ¿ acaso tratáis de alimentarlos á todos ? Sabed que son aproximadamente cuatro mil, y que á cuatro mil hombres no se les alimenta así fácilmente, y mucho menos en un desierto. ¿ Cuántos panes teneis con vosotros ? preguntó el Salvador. Siete, le respondieron. Pues estos bastarán, dijo él con acento tierno y bondadoso. Luego dispuso que toda la gente se sentase en tierra ; y tomando él los siete panes, puso en acción su poder creador, es decir, aumentó la cantidad de manera, que bastaron para saciar cumplidamente á todos. Este rasgo de bondad que el Salvador hizo para socorrer la necesidad corporal de aquellos pobres judíos ¿ no os despierta la memoria de otro rasgo de bondad todavía mas admirable, que el mismo Salvador ha hecho para ocurrir á las necesidades espirituales de nuestras almas ? ¿ Quién puede recordar la multiplicación de los siete panes, sin que luego le ocurra la institución de los siete Sacramentos, hecha por Jesucristo para que no desfallezcamos en la vida espiritual ? ¿ Qué sería de nosotros, si el Salvador no hubiese instituido los siete Sacramentos ? ¡ Ah ! desfalleceríamos en cuanto al alma, y moriríamos

« espiritualmente de inedia y exinanición. Vosotros tal vez no comprendéis todo el valor de este inestimable beneficio, y cumplid á mi ministerio hacer que lo comprendáis, dándoos de él una minuciosa explicación. » — Tómese en seguida la plática puesta en la pág. 249 del tomo 1.º del Catequista orador.

Los otros dos asuntos indicados arriba son de mas interés de lo que parece á primera vista, por cuanto el uno corta de raíz la codicia, que, segun san Pablo, es el gérmen de todos los males : *Radix enim omnium malorum est cupiditas* ; y el otro va á cerrar el manantial de donde se derivan todos los males morales que aquejan á la sociedad.

Ventajas de la pobreza.

Cum turba multa esset, nec haberent quod manducarent. (Marc. VIII, 1).

Dice hoy el Evangelio que, al pasar Jesucristo de Tiro y Sidonia al mar de Galilea, se le juntaron como unos cuatro mil judíos, y le siguieron sin comer por espacio de tres dias, ocupándose únicamente en recoger el pan de la divina palabra que por todas partes iba repartiendo. Pregunto, cristianos : ¿ quiénes eran aquellos judíos que tan de corazón se juntaron al Salvador ? ¿ Eran los escribas ? ¿ eran los fariseos ? ¿ eran los ricos, los magnates, los príncipes del pueblo ? No, que estos ni se asociaban con Jesucristo, ni escuchaban su voz, ni creían en su doctrina ; antes le desdeñaban, le aborrecían, le hacían el blanco de su odio y desprecio. La turba que con tanta abnegación y piedad le seguía, se componía toda de gente vulgar, plebeya, pobre y sencilla, como lo indica claro el Evangelio : *Cum turba multa esset, nec haberent quod manducarent.*

Segun esto ¿habrémos de decir que Jesucristo solo encuentra secuaces entre el vulgo y la gente pobre? Yo no quiero tocar esta cuestion, que tiene algo de delicada y peligrosa; me contento con solo preguntar: ¿Quiénes son entre nosotros los que muestran alguna piedad, los que dan señales de tener un poco de religion, los que en algun modo se acreditan de secuaces de Jesucristo? ¿Son los ricos? ¿son los grandes? ¿es la gente acomodada? Vosotros, que sabeis quiénes son ordinariamente los que vienen á oír la divina palabra, quiénes los que frecuentan Sacramentos, quiénes los que asisten á las funciones religiosas, quiénes los que se dan á los ejercicios de piedad, y quiénes los que no se avergüenzan de las prácticas cristianas; vosotros digo, que sabeis todo esto, no necesitais de que yo conteste á la pregunta. Lo que sí diré, y lo diré en voz muy alta, es, que si se quiere encontrar algo de fe, algo de cristianismo, algo de religion, algo de virtud, algo de piedad, es menester buscarlo entre la plebe, entre el vulgo, entre la gente pobre y menesterosa.

De esta deplorable verdad infero una proposicion que debe servir de gran consuelo á los pobres, y es, que su situacion es mil veces preferible á la de los ricos; y que mas vale sufrir la desnudez y las privaciones de Lázaro, que vestir la púrpura y tener la mesa espléndida del Epulon del Evangelio. Sé que esta proposicion excitará la risa de los codiciosos, así como excitó la de los fariseos el oír decir á Jesucristo, que los pobres de espíritu son bienaventurados: *Audiebant autem omnia hæc Pharisei, qui erant avari: et deridebant illum*¹; pero rian cuanto quieran, yo no me quedaré sonrojado por esto, antes bien repetiré con Jesucristo, que el ser pobre es una verdadera dicha: *Beati pauperes*. ¿Por qué? Porque la po-

¹ Luc. xvi, 14.

breza lleva tres ventajas inapreciables: en vida quita muchas ocasiones de ofender á Dios, en la muerte ahorra grandes dolores y disgustos, y en la eternidad proporciona grandes premios y recompensas. Paso á las pruebas de estas tres verdades, advirtiéndooos antes, que por pobres no entiendo precisamente los de solemnidad, sino todos los que, siendo de escasa fortuna, apenas tienen lo suficiente para comer y vestir medianamente, satisfacer sus deudas, colocar la familia, etc.

Por muy humilde y apurada que sea la situacion de los pobres de que hablo, deben ellos estar mas contentos, que si viviesen en una deliciosa abundancia; y léjos de prorumpir en quejas y murmuraciones contra la Providencia, como acostumbran, deben bendecir y besar amorosamente la mano que los mortifica y humilla. ¿Por qué? Porque Dios por medio de la pobreza les cierra el ancho camino que conduce á la perdicion, y les abre la senda estrecha que lleva á la vida eterna. ¿Qué favor tan señalado haria á un loco quien le quitase la espada, que en un acto de furor podria sepultar en su seno? ¿Qué beneficio tan insigne haria á un niño inocente quien le impidiese el jugar con un fiero leon, que él creyese ser un animal doméstico é inofensivo? Pues este mismo favor y beneficio hace Dios á aquellos á quienes priva de las riquezas terrenas, pues les quita cási todos los medios de pecar, y los aparta amorosamente de todo aquello que principalmente podria perderlos.

¿Cuántos medios de ofender á Dios, cuántas ocasiones de condenarse tienen las personas ricas y acomodadas! Todo favorece á sus pasiones, todo se brinda á sus inclinaciones y apetitos, y todo conspira á precipitarlas en las mas enormes maldades; porque, como dice el Espíritu Santo, al dinero to-

do le obedece, todo le dobla la rodilla, todo le responde : *Sí. Pecunie obediunt omnia*¹. No hay apetito, no hay pasión, no hay capricho que no pueda muy fácilmente contentar quien tiene dinero en la mano. ¿Se quieren placeres impuros? Haya dinero, y no faltarán luego mil hermosuras venales que dirán : aquí estamos para servirte : *Pecunie obediunt omnia*. ¿Se quiere tomar injusta venganza de un enemigo? Dése dinero, y no faltarán testigos falsos, fiscales injustos, jueces corrompidos que respondan : Aquí nos tienes á tu disposición : *Pecunie obediunt omnia*. ¿Se quiere satisfacer la voluptuosidad, la codicia, la ambición, la gula, el odio? Haya dinero, y todas estas cosas se nos vendrán por sí mismas á la mano : *Pecunie obediunt omnia*.

Ó pobres, á quienes Dios misericordiosamente ha negado estos fáciles y poderosos medios de hacer mal, bendecid mil veces su misericordia y bondad, y no ceséis de darle humildes gracias. Vosotros, presumiendo tener un corazón insensible á los halagos de las riquezas, acostumbráis decir : ¿Por qué Dios nos ha hecho pobres? ¡Ah! si nos hubiese dado los bienes que ha dado á tal y á tal ricos, sin duda haríamos de ellos un mejor uso. En vez de emplearlos, como ellos, en vicios y locuras, los emplearíamos en aliviar al pobre, en socorrer la viuda, en proteger al huérfano y desamparado. ¡Oh qué contentos serviríamos entonces á Dios! ¡Oh qué puntuales y exactos seríamos entonces en cumplir todos los deberes cristianos! ¡Oh qué alegres iríamos partiendo el tiempo entre hacer limosnas y encomendarnos á Dios, entre consolar enfermos y visitar iglesias!—Vosotros lo creéis así, hermanos míos, pero yo os digo que no os conocéis bien. Si Dios os hubiese dado las riquezas que ha dado á otros, tal vez y

¹ Eccés. x, 19.

aun sin tal vez haríais de ellas el mismo uso que ellos hacen ; y en lugar de emplearlas en obras de misericordia, como ahora suponéis, las emplearíais en fomentar el vicio y el libertinaje.

¿Qué no? escuchad. Si ahora, no obstante vuestra pobreza, no dejáis de seguir en todo lo posible el lujo, la vanidad y los placeres mundanos ; si ahora gastáis en un solo día de fiesta todo lo que con gran fatiga ganáis en una semana entera ; si ahora, en teniendo con que pasar algunos días, abandonáis el trabajo, y os dais al reposo, á la holganza, á las comilonas y borracheras, ¿qué sería si dispusiérais de grandes riquezas? Decidlo : ¿qué sería? ¡Ah! es mas que probable que, como el Epulon del Evangelio, solo pensaríais en comer, beber y vestir bien, sin acordaros de tantos pobres Lázaros que quisieran aprovechar las migajas de vuestra mesa ; es moralmente cierto que, á imitación de aquel rico brutal de quien habla san Lucas, diríais á vuestra propia alma : Ya ves, alma mía, que todo te sobra ; de consiguiente come, bebe, regálale, y no cuides de otra cosa : *Anima, habes multa bona... comede, bibe, epulare*¹. ¿Y no es una gran ventaja de la pobreza el preservar en vida de estos sentimientos bajos brutales, y de todos los delitos que les son consiguientes? Pero aun tiene otra, que es ahorrar grandes penas y angustias en la muerte.

Yo sé que, atendiendo á la disposición natural del hombre, el morir es amargo ; pero sé tambien que entre el amargor que la proximidad de la muerte causa al rico, y el amargor que causa al pobre, hay gran diferencia, una diferencia inmensa. Esta diferencia la tenemos bien palpada los que por razón de nuestro ministerio debemos estar al lado de los mo-

¹ Luc. xii, 19.

ribundos, sean ricos, sean pobres. Cuando conviene anunciar á los primeros que la vida se les acaba, que la muerte está próxima, que la hora de salir de este mundo va á sonar, ¡oh Dios! ¡qué lance tan apurado es este! Apenas se encuentra quien quiera tomar sobre sí el triste encargo de comunicarles la noticia, porque todos conocen cuán cruel, cuán atroz, cuán insoportable les va á ser. ¡Y qué rodeos, qué circunloquios, qué frases tan misteriosas no conviene buscar, para hacerles entender lo que cási se quisiera que no entendiesen! Y cuando, no obstante lo oscuro y anfibológico de las expresiones, ellos comprenden que se les habla de morir, ¡ay Dios mio! ¡qué sentimiento, qué desconsuelo ordinariamente es el suyo! Como Agag, rey de Amalec, ¡qué! exclaman, ¡qué! ¿yo he de morir? ¿así viene la muerte cruel á separarme de mis haciendas, de mi casa, de mis tesoros? *Siccine separat amara mors* ¹? ¡Ay qué dolor! ¡ay qué pena tener que dejar en un solo momento el bienestar de este mundo!—Este dolor, cristianos, esta pena suelen ser tan grandes, que en los primeros momentos les hacen perder el tino; y el primer trabajo que ordinariamente tenemos es consolarlos, animarlos, hacer que se sujeten á las disposiciones de Dios, y acepten la muerte con conformidad y resignación.

Nada de esto sucede de ordinario con los pobres: á estos les decimos franca y sencillamente que les queda poco tiempo de vida, que se dispongan para morir, y que estén prontos á partir de este mundo. Ningun reparo tenemos en darles esta noticia, porque desde luego conocemos que no ha de serles muy sensible. En efecto, ellos comunmente la reciben con cierta indiferencia é impasibilidad, y aun á veces con marcada satisfaccion y alegría, regocijándose de que Dios venga

¹ I Reg. xv, 32.

al fin á librarlos de las miserias de esta vida, en la que no hallan cosa que no les sea triste y amarga. Así como la golondrina á la entrada del invierno abandona cantando el nido que tiene pegado al techo, porque con su instinto natural conoce que va á librarse de una estación fría y nebulosa, y va á pasar á un clima mas benigno y templado; así los pobres abandonan alegres este mundo miserable, porque saben lo que han sufrido en él, y alimentan la esperanza de que pasarán á una región mas dulce y apacible.

Y en verdad, ¿qué dejan en este mundo que pueda hacerles amarga la salida? ¿Acaso placeres? No, que el mundo no ha tenido para ellos sino hiel y ajeno. ¿Acaso diversiones? No, que ellos estaban acostumbrados á no ver mas que objetos tristes, y á no oír otra cosa que lamentos y suspiros. ¿Por ventura posesiones? No, que apenas tenían algunos piés de tierra agreste, que hacían productiva á fuerza de regarla con el sudor de su frente. ¿Tal vez mueblaje espléndido, ó mesa deliciosa? No, que todo su equipo consistía en cuatro trastos viejos y derrotados, y su alimento ordinario eran unas legumbres mal condimentadas. No dejando, pues, en este mundo cosa alguna que no les fuese amarga y desabrida, ¿cómo consideran ellos la muerte? Como un puerto en su naufragio, como un asilo en sus tribulaciones, como un término de sus penas; y por esto, léjos de perturbarse, dicen á Dios como el santo Elías mientras huía de la impía Jezabel: Basta, Señor, basta de padecer, apresuraos á sacarme de un mundo que solo ha tenido para mí espinas, cruces y amarguras: *Sufficit mihi, Domine, tolle animam meam* ¹.

Que si esta calma y tranquilidad que la pobreza proporciona en la muerte no fuese bastante para induciros á llevar—

¹ III Reg. xix, 4.